

# EPILOGOS

SUPLEMENTO DE LA COLECCIÓN ARIEL

VOL. I—NO. 2

SAN JOSÉ DE COSTA RICA—C. A.

DICIEMBRE, 1914

## ¡VENGA LA GUERRA!

NO deben de ser pequeñas la desilusión y la desolación de los cándidos pacifistas que nos hablaban de que acabaría por desaparecer la guerra.

Y no es lo triste que no desaparezca ni lleve trazas de desaparecer la guerra, ni estoy seguro de que a los más altos intereses de la cultura convenga su absoluta desaparición. Lo triste es que la guerra, cuya más alta fundación parece que debía ser la de servir de ennoblecedora y depuradora del odio—pasión tan necesaria al hombre como el amor—está aquí ahora provocando los más bajos, más viles y más cobardes odios, y no precisamente entre los beligerantes, no.

Los beligerantes acaban por no odiarse, si es que empezaron odiándose. El campo de batalla, por trágica paradoja, es el campo de un acercamiento espiritual: de conocerse mejor unos a otros, los que entre sí

luchan: de compadecerse en el fondo de sus almas: de quererse. Alguna vez, lo he dicho, y ahora lo repito, que el más caliente e íntimo abrazo fraternal, es el que se dan vencedores y vencidos, sobre los muertos de unos y de otros, en el campo ensangrentado de la lucha.

El odio terrible es el otro; el odio feroz es el que se despierta en los meros espectadores de la contienda. Los pobres gladiadores pelean por la fama, tal vez por la vida, por el pan y la seguridad de sus hijos; la vil canalla que aulla desde las gradas del circo, azuzando a unos o a otros, insultando a éstos o a aquéllos, no lucha, pero odia.

El espectáculo es repugnante. Hay que ver en esta sosegada ciudad de Salamanca las feroces expansiones de gozo de aquellos que por su ministerio están más obligados a la paz y al amor, delante de la pizarra de algún diario, cuando éste anuncia alguna derrota, real o supuesta, de los aliados. Y hay que oír por otra parte las feroces invectivas que contra los germanos sueltan los francófilos.

¿Francófilos? ¡No! Es triste el tenerlo que decir. Apenas se encuentra ni francófilos, ni anglófilos, ni germanófilos, ni me-

nos rusófilos; no hay nada de *filos*, no hay nada o casi nada de amor, casi todo es odio—*misos*,—casi todo es horror—*fobia*.—Los más de los que se manifiestan francófilos,—no todos, claro está, iy loado sea Dios por ello!—son misogermanos o germanófbos, y viceversa. Es odio; odio ciego, odio ignorante.

Odio ignorante, sí, odio ciego. Los que fingen entusiasmarse con las virtudes germánicas—que reconocemos todos—y declaman contra los vicios franceses, no saben casi nada, en su mayoría, ni de Alemania, ni de Francia, ni de las virtudes y vicios de unos y de otros. Están aprendiendo geografía topográfica, pero no social ni antropológica.

Es odio, odio, animadversión. Preguntábame una vez un amigo inglés en qué partidos políticos está dividida, por lo general, la población rural de nuestros lugares, aldeas y villas, y tuve que contestarle: «En dos, los anti-equisistas, que siguen a Zeda, y los anti-zedistas, que siguen a Equis. Todos son antis. Y en cuanto surge una discusión puramente doméstica y privada en una familia, si un hermano se afilia entre los anti-equisistas, el otro lo hace entre los anti-

zedistas, sin importárseles nada de los ideales políticos de Equis y de Zeda, que además no los tienen».

Aplana el ánimo observar lo que con esto de la guerra europea está pasando en España, y es que se ha encendido la íntima guerra civil, aunque no a tiros.

Habíais de oír exaltar al Kaiser como el moderno Atila, como el azote de Dios, que viene a castigar a la impía Francia, a la que separó la Iglesia del Estado y expulsó a las órdenes monásticas, e invocar al viejo Jehová del Antiguo Testamento, al Dios del Sinaí y de los ejércitos, los que más deberían difundir el Evangelio e invocar al Dios del Calvario, al del perdón y la paz y la misericordia.

¡Triste, tristísima es la suerte de la noble, industriosa y muy católica Bélgica, sacrificada a necesidades estratégicas de una guerra a muerte, si es que no a otras consideraciones, pero es más triste ver cómo se frotan las manos de satisfacción — así, como suena—por ese azotamiento, no pocos ministros de paz, y declaman diciendo que es un castigo por haber dejado que en Bruselas se levantase un monumento a un fusilado en España!

¡Y del otro lado, qué vociferaciones contra Alemania, contra el pueblo glorioso de Kant y de Goethe, de aquel nobilísimo romanticismo del claro de luna trascendental, contra el pueblo de la Reforma!

Pero hay que confesarlo, la mayor ferocidad, la verdadera ferocidad, el estallido de odio no es contra Alemania, es contra Francia y hasta contra Inglaterra.

Estos bárbaros cobardes y energúmenos, debían ser llevados a las filas de uno o de otro ejército beligerantes, según sus respectivos odios, para que aprendieran a amar a sus enemigos, que es, lo que nos enseñó el Cristo, y la razón humana nos enseña. La guerra, la trágica y fatal guerra purificadora, les quemaría esos rencores a los que ni siquiera cabe llamar paganos. No hay que insultar y desfigurar al paganismo. En Tucídides, el maestro de Maquiavelo, tendrían que aprender moderación esos ministros del odio.

Os digo que todo esto deprime el corazón y entenebrece la mente. Y para no presentarlo, hay que meterse en casa, rehuir ciertas tertulias, evitar las cercanías de los puestos en que se alzan las pizarras de los diarios, y recogidos leer los partes de la

guerra y admirar los actos de heroísmo, de paciencia, de valor, de resignación y de patriotismo de unos y de otros pueblos, a los que el formidable Hado, o más bien la Némesis soberana, ha puesto en lucha.

El odio envenena al alma, y todo veneno hay que echarlo fuera. Lo peor es digerirlo sin que le mate a uno del todo. Tal vez hasta un asesino empezó a sentir conmiseración, y aún amor a su víctima una vez que satisfizo su odio en ella. Y nada hay que decir del que, como sucede a los combatientes de una guerra regular entre los pueblos cultos, mata sin odio, por un triste deber. Acordaos del generosísimo Martín Fierro cuando enterraba a una de sus fatales víctimas, ponía una tosca cruz sobre su tumba, y descubierta la noble frente, rezaba un padre nuestro por el alma de su adversario.

Así luchaba Martín Fierro, así lucharon nuestros abuelos y los abuelos de los hispano-americanos de hoy, en campo abierto, regado con la sangre generosa de unos y de otros y sobre el cual, con ese riesgo, brotó la flor del abrazo de la fraternidad; así están luchando hoy, en lo mejor de Europa, los pueblos que van al frente de la cultura.

Pero esta jauría cobarde, esta canalla de gradería de circo que pide sangre como el público de las corridas de toros pide icaballos! icaballos! y acude regocijado a ver si hay lo que en la vil juerga se llama *hule*.

Dicen que la guerra es como una tempestad que purifica la atmósfera. Lo dijo de cierta manera el filósofo de ella, Hegel; lo dijo su taciturno místico, Moltke. Otros grandes hombres, grandes por su corazón y su cabeza, la han defendido y glorificado. Cristo dijo que venía a la tierra a traer guerra. ¿Pero qué guerra? La guerra noble, la que enciende y quema el odio, convirtiéndolo en holocausto de sacrificio.

¡Mas si este odio vil y cobarde que vemos aquí brotar bajo nuestras plantas, si este odio ciego y tenebroso ha de envenenarnos las almas, venga la guerra, si es que nos enseña a amar al enemigo como Cristo manda!

MIGUEL DE UNAMUNO

(*Nuevo Mundo*, Madrid)

## ACOJÁMONOS AL DERECHO

SE dirá que la única fuerza está en la espada y que la única voz que el mundo escucha es la del cañón. A eso respondo que esa es la eterna mentira de los draconianos y de los demagogos para obstruir la evolución de la justicia.

Nosotros los débiles no tenemos más amparo que el derecho; si nosotros mismos nos apresuramos a desacreditar el derecho, les hacemos el juego y les mostramos la vía a los violadores del derecho. Si el derecho cae, nuestro deber no es cubrirlo con el lodo del vituperio y de la irrisión; nuestro deber es alzarlo del polvo, alto, muy alto, como el Redentor su Cruz, para que sea faro que ilumine las conciencias: someternos voluntariamente y por anticipación al engaño y a la violencia, es hacernos dignos de que se nos imponga la esclavitud, y es además crimen de lesa patria. No tenemos el derecho de ser cobardes por adelantado. No tenemos espada, ni cañones. Acojámonos al derecho, sintiendo, como se siente la Fe, que el derecho acabará por vencer.

S. PÉREZ TRIANA

(*Hispania*. Londres)